

PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE TOLEDO DE 1999

por

Lola Baldrich,

con la colaboración de María José Muñoz

El Corpus: Arte, Belleza y Trascendencia

Hablar del Corpus es hablar de Toledo y de Dios y del arte con que los hombres honran su presencia. Y pregonar la alegría, el rito, la tradición, la fiesta, corresponde a todo aquel que sienta en su pecho un respeto profundo por lo sagrado, sea convocado y, como yo, haber nacido en Toledo le llene de orgullo y por ello intente ser una pregonera verdaderamente comprometida.

Desde el fondo de los ojos de la infancia, subir al Corpus era como subir a la Ciudad Encantada; a la fortaleza medieval engalanada para el torneo, al reino de las princesas, las hadas ... ¡y las brujas! ...

Tengo escondido en lo más hondo de mí misma ese miedo esencial que condimenta los primeros años de la vida. La Plaza del Ayuntamiento infinitamente más grande que ahora y la niña asustada que se resistía a salir del coche por la presencia temible de los gigantones con sus enormes vestidos que ondeaban al viento y los ojos inmóviles que amenazaban con llevarte lejos de tus padres y hermanos, al reino del nunca jamás del que no se puede escapar.

Pasados esos primeros temores me viene también a la memoria el paso de la Tarasca, saltando enloquecida a lomos de un extraño ser mitológico... aunque yo, encaramada a la reja de una vieja ventana, me había convertido en el "Juan sin miedo" del cuento, y desde la altura aún puedo atisbar el bullicioso deambular de gentes llegadas desde otros confines y el olor casi irrespirable del tomillo a medio día.

Ya sentía yo en aquellos primeros años la llamada del teatro. Me pasaba la vida vestida de mil formas actuando ante el espejo de mi cuarto. Pronto supe que me ganaría la vida interpretando otras vidas, recreando los más dispares personajes.

Mi padre, Juan Muñoz, un hombre del Mediterráneo, nunca se sintió forastero en Toledo. Tenía tres valores sólidos, que nos supo transmitir desde la pasión: amaba el arte, se conmovía con la belleza en cualquiera de sus formas y siempre tenía la necesidad de trascender, nunca se quedaba en la forma o en la superficie, de ahí su religiosidad.

Eso es para mí el Corpus: **Arte, Belleza y Trascendencia.**

La belleza del día desbordante de signos, del Cortejo majestuoso teatral, sobrehumano; del Toledo de toldos, de aromas Salpicado de luz en sus balcones; y en lo más alto la Alhaja Descomunal, como dijera Galdós, la Custodia de Arfe dorada y única portando el Pan de Ángeles, la Hostia blanca como la luna, lunera de Lorca.

Esa **belleza** paralizante de la noche que te transporta a un sueño cuando salimos a ver las calles y nos paseamos por una ciudad que evoca más un decorado teatral o un templo sagrado toda ella donde parece que el silencio se escucha.

Es sobre todo a esas horas cuando los perfumes camperos embriagan los sentidos. Se reponen en la madrugada el tomillo, el romero, el espliego, las rosas que forman la tupida alfombra donde el Señor caminará por la mañana.

Y es el **arte** lo que invita al encantamiento, la alegría colectiva de esta fiesta viene engalanando la ciudad para honrar la presencia del Señor y utiliza, el hombre, lo más abstracto y elevado de su espíritu, su arma más poderosa: el Arte, sublimación de todas las ciencias.

Para hablar de **trascendencia**, de la espiritualidad, del amor concreto y tangible de Dios a los hombres, del vínculo que nos une como contempladores de la Divinidad; para comunicar cómo el Señor nos hace más dignos porque nos regala su presencia en las calles. Todo se vuelve un altar, toma tintes de grandeza. Ese Altísimo Señor que nos protege nos sale al paso y nos iguala, nos confunde, nos hipnotiza., nos maravilla, nos ama.

Para hablar de ese amor me es más fácil remitirme a otra obra de Arte que sirve y sirvió siempre de catequesis donde se explican los más profundos misterios teológicos acudiendo a la alegoría.

El Auto de las Plantas de Don Pedro Calderón de la Barca. En él determinadas plantas y arbustos competían por ser merecedores de la gracia divina, para ser antídoto de lo que llaman "aquel tasado veneno", el pecado. Solo la Vid y la Espiga responden a una única virtud y no se sienten merecedoras de ningún don ni de reinar por encima de las demás. La Humildad las caracteriza y esa misma virtud las hará merecedoras del trofeo. El pan y el vino serán los más débiles y los únicos con suficiente categoría para ser El Cuerpo y La Sangre de Nuestro Señor.

Con esta alegoría se ensalzaba la Humildad.

Ojalá ese sea el espíritu de nuestras fiestas mezclado, por supuesto, con la alegría, la celebración. El pasárnoslo bien con un corazón renovado.

Yo me despido con los versos de Calderón, deseándoles un feliz Corpus en compañía de los seres queridos. Que el Señor nos colme de salud para celebrar el amor de su fiesta.

*Árboles, plantas y flores
De este universal jardín del mundo
Pues que con alma vegetativa vivís,
Sabed que hay entre vosotros
Fruto tan dulce y feliz
Que ha de guarnecer su frente
Rayos del mejor Ofir.*

*Venid, venid
A coronaros en la nueva Lid,
Y formando lenguas las hojas
De acentos el aire que hiere sutil
Para entrar al divino certamen
Naced, brotad, creced y vivid.*

*Dinos, Gran Señor quién es,
¿quién merece de todos nosotros
ceñir la corona, lograr el laurel?*

*Solamente la Humildad
Merece tan alto bien
Y así coronada en Vid
Y en Espigas las veréis
Ellos mi cuerpo y mi sangre
Recibieron, para que
Mi sangre y mi cuerpo eternos
En el Pan y el Vino estén.*

*Dichosa quien mereció
Por su humildad tanto bien
Feliz quien por su humildad
Tanta dicha llegue a ver.*

Calderón de la Barca

[Texto publicado en el Programa Oficial de las Fiestas del Corpus Christi del año 2001]